

Loza lozana

Zarzuela en tres actos

Texto original de FEDERICO ROMERO y GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW
Música de JACINTO GUERRERO

PERSONAJES Y REPARTO

VISITA	PEPITA EMBIL
TECLA	MARÍA TÉLLEZ
SANTA	MANOLITA SEGURA
LUCÍA	ANITA CARRIÓN
PEDRO LOZANO	ANTONIO MEDIO
GABRIEL	MARCELINO DEL LLANO
EL TÍO MOHÍNO	RAMÓN PEÑA
CARRASCLÁS	SANTIAGO RAMALLE
SABINO	VICENTE GÓMEZ BUR
ROQUE	CARLOS ROMÁN
SABAS	ANTONIO SEGURA
ANTERO	JOSÉ CABALLER
CENÓN	MANUEL PLAZA
MACARIO	TOMÁS RITORÉ
UN ZAGAL	PEPITA GONZÁLEZ

Estrenada el 2 de septiembre de 1943 en el Teatro Coliseum de Madrid.

ACTO PRIMERO

El alfar de Pedro Lozano en Puente del Arzobispo (Toledo) rebosa felicidad. Pedro se ha casado el día anterior con una de las más gentiles mozas de la vecina comarca de la Jara –Visita–, y todavía resuenan los ecos de los festejos y se hallan en el pueblo las parientas y amigas de la novia, que con ella vinieron, invitadas a la boda.

MOZAS Ya vuelven los pastores
 de Extremadura,
 camino de la Sierra
 triste y oscura.
 Cuando los esquilonos
 de lejos oiga,

se vestirá la Sierra
de alegres flores
como una novia.

GABRIEL Ya vuelven de Extremadura,
ya suben hacia Castilla,
por ese camino blanco
por donde yo vine un día.
Pastores de la cañada:
decidle a mi madre vieja
que en Puente del Arzobispo
me visteis pensando en ella.

ZAGALES ¡Cuándo veré mi torre,
tan buena moza,
en lo alto del risco
de Peñacoba,
aunque sea tan lejos
que no se vea,
cómo gira la aguja
de su veleta.

En el patio del alfar trabajan los pintores Gabriel, el discípulo más aventajado de Pedro, Santa y Lucía. Su trabajo es interrumpido por Tecla, dueña de una cantarería próxima y esposa del tío Mohíno, alcalde del pueblo, mucho más viejo que ella. Tecla no disimula su despecho porque se había hecho ilusiones de que Lozano, hombre ya cuarentón, estaba enamorado de ella y sólo esperaba a que el anciano tío Mohíno falleciese para hacerla su esposa. Pero las cosas han ocurrido de otro modo: Pedro buscó mujer en una forastera y ha formado su hogar, desvaneciendo –según las malévolas suposiciones de Tecla– las esperanzas de heredar al alfarero que hubiera podido forjarse su discípulo Gabriel. éste, que debe cuanto es a Lozano, rechaza indignado la suposición de Tecla y hace sincerísimas protestas de lealtad y afecto hacia su maestro. Tecla, no obstante, le dice que si algún día no estuviera satisfecho en el alfar, siempre tendría un puesto en su cantarería; pero el muchacho no hace el menor caso de la entrometida mujer, y acude a saludar a Visita, el ama nueva del alfar, a quien se ofrece, al advertir su natural preocupación de forastera, para enseñarle a bailar el «minué de los villanos» que, por tradición, se danza en el día de la fiesta.

VISITA Buenos días nos dé Dios.
GABRIEL Buenos días, nostrama.
VISITA No me tomes por dama,
ni me trates de vos.

GABRIEL Es la reina del alfar
desde ayer su persona.

VISITA No tendré más corona
que el trajín del hogar.
En el Puente
se dijera
que la gente alfarera
es más fina en su trato
que en la corte del rey.

GABRIEL En el Puente,
mi señora,
hasta el barro se dora
y se besa la mano
y se baila el minué.

VISITA Lo bonito que será
que una moza a un villano,
al besarle la mano,
se la dé de verdad.

GABRIEL Entre gentes alfareras
no es extraña la finura,
que el oficio es un arte
de escultura y pintura.

VISITA Bien comprendo que mirando
las efigies de la loza
se figure una moza
que la hizo un pintor.

GABRIEL En la fiesta,
de la mano
del maestro Lozano,
lucirá la maestra
el primor de su pie.

VISITA Para el día
de la fiesta,
yo, villana modesta,
necesito un maestro
que me enseñe el minué.

GABRIEL Me permite...

VISITA ¿Por qué no?

GABRIEL Es la danza sencilla.
Pero ¡qué maravilla!
en un paso aprendió.

VISITA ¡Qué maestro de danzar!

GABRIEL La lección no es precisa.

VISITA Yo me muero de risa.
GABRIEL Permitidme acabar.

Llega Carrasclás, alguacil del Ayuntamiento y, en realidad, su «factotum», que viene a anunciar la próxima visita del Concejo, en corporación, para entregar a la maestra la carta de vecindad. Este es el pretexto, pues la realidad es –y así lo comprende Lozano que sale del interior– que tanto Carrasclás como los del Concejo se han figurado, con fundamento, que aún quedan algunas cosillas del agasajo con las que todavía pueden disfrutar los amigos de los recién casados. Y en busca de estos amigos se va Carrasclás, mientras que Lozano, con Gabriel, se dispone a reanudar el interrumpido trabajo del alfar. Gabriel advierte que, en una cobija quedó sin extraer una pieza de la última cochura del «taller de soltero» de Pedro: un plato–fuente que ahora contempla Lozano con ufanía. Es una lucida muestra de su arte, en cuyo margen campea su leyenda: «Soy de Lozano».

LOZANO Soy de lozano
–canta mi loza–,
soy barro suyo,
que él mira ufano,
con el orgullo
del creador.
VISITA Y GABRIEL ¡Con el orgullo
del creador.
LOZANO Como el barro en el alfar,
alma y vida quiero darte
y en mis manos moldearte
para reina de mi hogar.
Alma y vida quiero darte
a mi gusto y mi sabor,
porque, cuando quiebre el arte,
naipes jugará el amor.
Si nos bendice
mañana el Cielo
y un hijo guapo
nos manda Dios,
con este mozo,
que tanto quiero,
en nuestra casa
tendremos dos.
VISITA No sienta envidia
del pequeñino...
GABRIEL Para quererle
seremos tres.

LOZANO Y así me salga
 buen alfarero,
 para que él pueda
 decir también:
 Soy de Lozano
 –canta mi loza–,
 fruto villano,
 rústica flor;
 pero, en la mesa
 de un labrador,
 soy la princesa
 del comedor.

GABRIEL Yo querría ser maestro
 de ese joven aprendiz.

LOZANO Si le enseñas tú el oficio,
 ¡buen maestro va a salir!

VISITA ¡Dos maestros para el pobre!
 ¡Cuánto jefe alrededor!

LOZANO Pero, donde quiebre el arte,
 naipes jugará el amor.

VISITA Y GABRIEL Será alfarero
 como su padre;
 tendrá en el Puente
 celebridad.

LOZANO Y así la loza
 que él pinte y selle,
 con noble orgullo
 pregonará:
 «¡Soy de Lozano!»

Quedan solos ambos hombres con las pintoras, que continúan trabajando en el fondo. Lozano se siente feliz. «Han sonado –dice– toques de boda y es menester que también pensemos, Gabriel, en buscarte novia.» Pero Gabriel no piensa en novias ahora –bien a pesar de las chicas, que en él tenían puestos los ojos–, sino sólo en su trabajo. Trabajo que es nuevamente interrumpido por los sonos internos de una dulzaina y un tamboril, anunciadores del Concejo municipal. Y salen, en efecto, Carrasclás tocando el tamboril y Sabino la dulzaina, seguidos por el alcalde tío Mohíno y los cuatro regidores: Roque, Sabas, Antero y Cenón.

MOHÍNO, CARRASCLÁS
 Y REGIDORES Del Concejo de la villa
 se conoce al regidor
 por la vara, la capilla,
 la dulzaina y el tambor.

Ante todo, a la alfarera
vamos a reconocer,
para darle el visto bueno,
como forastera que es.

CARRASCLÁS El Consejo
ya la ha visto.

REGIDORES En la boda,
sí señor.

MOHÍNO La conocen uno a uno,
pero no en corporación.

TODOS La población
puede opinar,
pero lo nuestro es lo oficial.
Y hay que saber si esta mujer
vecina nueva
del lugar merece ser.

MOHÍNO Atisbad por la ventana
para hacer la información.

CARRASCLÁS Está oscuro y huele a queso.

REGIDORES No nos vale tu opinión.

ROQUE Es graciosa.

SABAS ¡Ya lo creo!

ANTERO ¡Vaya, vaya!

CENÓN No está mal.

MOHÍNO Acordaos que nos gusta.

TODOS ¡Y es por unanimidad!
Nuestra misión
es concertar
los pareceres del lugar.
La población
puede opinar,
pero lo nuestro
solamente es lo oficial.
La municipalidad
tiene el supremo poder,
salvando la autoridad
de la voluntad
de nuestra mujer.

El alcalde y los concejales felicitan, en efecto, a Lozano y a Visita –que ha salido a recibirles– y comen y beben a su antojo. La vuelta de Tecla, que viene en busca de su marido, perturba la buena digestión del tío Mohíno, a quien su mujer avasalla. Quedan al fin solos ambos esposos; y en la intimidad del hogar, al advertir el temor de Visita de

que él, por sus méritos, esté siendo envidiado, hace Pedro Lozano una exaltada descripción de su arte, en defensa de la pureza de su loza «lozana». Corta el diálogo de marido y mujer la llegada de ocho mocitas de la Jara, amigas de Visita, que vuelven a su pueblo y vienen a despedirse de ella.

MOCITAS Las mocitas de la Jara,
de la Jara,
de la Jara,
tiene de sol y de luna
resplandores en la cara.

LOZANO Son jareñas esas voces.

VISITA Creo que son,
¡vaya si son!,
mis hermanas y mis primas
que vienen bailando
de punta y tacón.

MOCITAS El camino se hace corto
si se sabe aderezar
con un trago de lo bueno,
una danza y un cantar.

LOZANO Ya se van las buenas mozas.

MOCITAS La mejor se queda aquí.
Pero ¡a ver cómo la tratas!
Si le pegas ¡ay de ti!

VISITA Vais a contar en Mohedas
que se casó la Visita,
en el altar donde esplende
la Virgen de Bienvenida,
con manto de luces
que alumbra la ermita
y estrellas de plata
que el Niño le quita.

MOCITAS ¡Bien se casó la Visita!
¡Quién se casara como ella!

VISITA ¿Quién no se casa a su gusto,
siendo mocita jareña?

MOCITAS ¡Ay, que yo no tengo
la seguridad!

VISITA Esa mercancía
la corre el cantar.

VISITA Las mocitas de la Jara...

MOCITAS De la Jara.

VISITA De la Jara
tienen de sol y de luna
resplandores en la cara.
MOCITAS Las mocitas de la Jara...
VISITA ...Son, son, son, son...
MOCITAS ...Son, son, son, son...
VISITA Como el centeno tostadas
y coloraditas
como el pimentón.

Visita, desde la puerta, despide con el pañuelo a sus amigas, que se van. Lozano va por detrás de ella a abrazarla y, cuando visita se le vuelve, le dice, cogiéndole las manos:

LOZANO Tú sí que tienes, hermosa,
resplandores en la cara.
¡Bendito el día en que estuve
en Mohedas de la Jara!

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO.— Cocina de Pedro Lozano. Ha pasado un año. En el venturoso hogar ha nacido una niña, y se celebra su bautizo. Mozos y mozas bailan; y la encantada madre cuida, mientras tanto, de su hija, que duerme en su cuna.

CORO A la luz de la luna
te vi una noche
desde el balcón;
con la manta extremeña
colgada al hombro,
te vi, Ramón.
A la luz de la luna,
con aire bravo
te suelo ver,
encelado y mohíno
por los desdenes
de una mujer.
¡Lo bien que baila mi moza!
¡Lo bien que sabe bailar!
¡Cómo han abierto las flores
que lleva en el faralá!

¡Quién fuera el aire dichoso,
quién fuera el aire galán,
para arrancarle esas flores
que lleva en el faralá!

Se come y se bebe. En esto último se distingue Sabino, el compañero de Carrasclás, que es mudo pero se expresa por señas a las mil maravillas. Entre los reunidos se halla Tecla, que en cuanto desaparecen de la estancia Visita y Lozano, insta maliciosamente a Carrasclás para que les repita una copla que ha compuesto. Carrasclás reconoce que él ha hecho la copla; pero se disculpa diciendo que el caso anda ya de boca en boca por todo el pueblo. Obligado por las mujeres, el alguacil dice al fin la copla:

«¡Qué jarra tiene tan chica
la maestra del alfar:
el maestro le da el nombre
y la pintó el oficial!»

Tecla subraya la intención de los versos; pero todo el mundo calla ante la aparición de Gabriel, que ha sido el padrino del bautizo, pero no ha tomado parte en el baile. El muchacho dice que siente que el recién nacido no haya sido chico, por las ilusiones que él tenía de enseñarle el oficio; pero que a la chica, ¡ya la enseñará a bailar en la plaza! Vuelven Lozano y su mujer con otros convidados. Corre otra vez el vino. Pedro Lozano, feliz, cierra el festejo con un brindis, que es un canto de alfar, que todos corean.

LOZANO ¡Rueda rueda del alfar,
rueda y gira sin cesar,
como vuela el pensamiento,
gira el viento y rueda el mar!

TODOS ¡Rueda rueda del alfar,
rueda y gira sin cesar,
como vuela el pensamiento,
gira el viento y rueda el mar!

LOZANO De mi alfar de junto al rido,
una sola jarra quiero,
sólo quiero,
sólo quiero,
una sola jarra quiero.
La que lleva mi apellido
y mi cuño de alfarero,
de alfarero,
de alfarero,
y mi cuño de alfarero.

Dulce mosto diome ella,
cuando fui su catador:
sus primicias de doncella,
que no cabe más dulzor.
Desde entonces, así canta ella
su propio loor:
Loza lozana,
fina y puenteña:
gala galana
soy del alfar.
Loza lozana
que, aunque villana.
puedo la villa
señorear.

TODOS ¡Rueda rueda del alfar,
rueda y gira sin cesar,
como vuela el pensamiento,
gira el viento y rueda el mar!

VISITA Mira qué botón de rosa
en la jarra ha florecido,
florecido,
florecido,
en la jarra ha florecido.
Si el color es de la esposa,
el aroma es del marido,
del marido,
del marido,
el aroma es del marido.
Porque el zumo de la parra,
que no apura el catador,
sabe al barro de la jarra
y al beso del bebedor.
Cuando sea mocita bizarra,
dirá sin rubor:
Loza lozana,
fina y puenteña;
gala galana
soy del alfar.
Loza lozana
que, aunque villana,
puedo la villa
señorear.

LOZANO ¡Rueda rueda del alfar,
 rueda y gira sin cesar,
 como vuela el pensamiento,
 gira el viento y rueda el mar!

TODOS ¡Rueda rueda del alfar,
 rueda y gira sin cesar,
 como vuela el pensamiento,
 gira el viento y rueda el mar!

Los invitados se van, con Lozano, que les acompaña hasta la puerta. Visita lleva la cuna al interior, ayudada por Gabriel. Y cuando éste vuelve –solo– para marcharse también, se encuentra con Tecla que, fingiendo no verle, simula dirigirse a los que se van, acusándoles de «malas lenguas». Extraña a Gabriel este lenguaje y pregunta a Tecla. Y ésta, arteramente, con medias palabras –y haciendo protestas de la «indignación» que sufre– termina por contar al mozo lo que es el «run–run» de todo el pueblo: que la niña ha sacado todos los perfiles de Gabriel, y que, como Visita y Gabriel son en años tan iguales y, en cambio, Lozano va para viejo... Y cuando Tecla ve que Gabriel, abrumado por la calumnia de que es víctima, no sabe qué decir ni qué hacer, se va, satisfecha de su mala acción, con la que se venga de la indiferencia que hacia ella tuvo el alfarero. Sale Visita. Gabriel reacciona para que no le note el infierno que Tecla ha encendido en su pecho, y para que tampoco advierta nada Lozano que, al volver, no oculta que se halla en la cumbre de su felicidad, como esposo y como padre. Pero Gabriel no tarda en tomar su resolución. Se irá del alfar, único modo de cortar la maledicencia del pueblo contra esa mujer inocente, contra ese maestro querido y contra él; y se despide de Lozano y de su mujer, inventando fútiles motivos que no convencen a Pedro ni a Visita, pero que al fin son aceptados como buenos. Y tras una emocionada despedida de maestro y discípulo, vuelve el matrimonio a su normalidad: ella a cantar la nana –dentro– a su niña, y él a trabajar, cantando en la rueda de su alfar.

VISITA ¡A la nana...!

LOZANO ¡A la rueda...!

VISITA Duérmete, niña mía,
 que suena el viento;
 mas, aunque el viento suene,
 no tengas miedo.
 La puerta está cerrada
 con un candado.
 No pueden contra ella
 los vientos malos.
 ¡A la nana!

LOZANO ¡A la rueda!
 Rueda la rueda, rueda,
 que yo te muevo
 y no puede pararle
 ni el mismo viento.

Contra la rueda, rueda
donde trabajo
se estrellan y se rompen
los vientos malos.

VISITA ¡A la nana!
LOZANO ¡A la rueda!

CUADRO SEGUNDO.– Afueras del pueblo. Hombres y mujeres murmuran en voz baja.

MUJERES ¿Qué se cuenta?
¿Qué se dice?
¿Qué se miente
por ahí?
HOMBRES ¿Quién pensara?
¿Quién creyera?
¿Quién lo había
de decir?
MUJERES ¿Tú qué sabes?
¿Tú qué piensas?
¿Cómo ha sido?
¿Cómo fue?
HOMBRES Se supone...
Se calcula...
¡Bien lo sabes
tú también!
TODOS Se dice que la maestra...
Se dice que el oficial...
Se dice lo que se dice
y apuesto que es la verdad.
Se dice quedo, quedito...
Se dice a medio decir...
Yo digo lo que se dice.
¡No me echen la culpa a mí!

CUADRO TERCERO.– Plaza Mayor del pueblo, en la mañana del día de la fiesta. Salen de la iglesia los vecinos; y, ante ellos, lanza su pregón Carrasclás, anunciando los festejos.

CARRASCLÁS En la Plaza Mayor de la villa,
en honor de San Gil y San Blas...

TODOS ¡Carrasclás, Carrasclás, Carrasclás!
CARRASCLÁS El minué bailarán los villanos,
que es un baile, señor, por demás.

TODOS ¡Carrasclás, Carrasclás, Carrasclás!
CARRASCLÁS A las dos se sortean los carros
y se corre un novillo a las tres.
El que vea correr al tío Roque,
que no se equivoque,
porque ese no es.

TODOS Carrasclás, Carrasclás;
ya soltaste el pregón,
con tu tono zumbón
y tu voz de alguacil.
Y en seguida te vas,
Carrasclás, Carrasclás,
a otra parte
con el tamboril.

CARRASCLÁS Se prohíbe arrojar inmundicias
en las calles recién empedrás.

TODOS ¡Carrasclás, Carrasclás, Carrasclás!
CARRASCLÁS Que las lleven al Ayuntamiento,
porque allí no molesta una más.

TODOS ¡Carrasclás, Carrasclás, Carrasclás!
CARRASCLÁS El que quiera mercar un marrano,
que se vea con un servidor.
Porque tengo en mi casa un hermano
que cada verano
me huele peor.

TODOS Carrasclás, Carrasclás;
ya soltaste el pregón...
etc., etc...

El tío Mohíno, ante su mujer, se muestra celoso por lo mucho que Tecla anda ahora tras de Gabriel. Ella le dice que lo está convenciendo para que vaya como maestro a la cantarería; pero el que no se convence es el tío Mohíno, que conoce las inclinaciones de su mujer. Cruzan la plaza –juntos– Lozano y Gabriel. Aquél regaña cariñosamente a su antiguo discípulo porque, haciendo más de un mes que salió del alfar, no ha ido por allí ni un día a verles. El muchacho se excusa como puede. Se va Lozano al Ayuntamiento con Mohíno a tratar de un asunto del oficio, y Gabriel se encuentra con las pintoras del alfar –Santa y Lucía–, a quienes piropea, proponiendo a Lucía bailar con ella el «minué de los villanos» anunciado para poco después en la plaza. Pero, por las frases de doble sentido de las muchachas, comprende en seguida que la calumnia de que ha sido objeto ya está en la plaza pública, y les exige explicaciones. Ellas dicen que no saben más que lo que se cuenta; lo que es el «run–run» de todos, lo que es la voz de la calle. Y se van,

dejando destrozado a Gabriel. Éste se dirige hacia la taberna que hay en la plaza y llama.

GABRIEL ¡Dame vino, tabernero,
que me quiero emborrachar!
Dame un vino forastero:
el del Puente no lo quiero,
no me vaya a envenenar.
Dame un vino que me embriague,
que me enturbie la razón;
que me enfríe y que me apague
esta hiel del corazón.
Se cuenta, se corre...
Lo dice la gente...
Ni afirma ni niega
que sea verdad.
Es humo impalpable
de pérfida nube,
que baja y que sube,
que viene y que va.
Ninguno da cara,
ni sabe, ni vio.
Ninguno me dice
quién sea el autor.
¡La voz de la calle...!
La calle, Señor,
si no tiene cara,
¿por qué tiene voz?
Dame vino, tabernero,
que me quiero emborrachar.
La voz de la calle,
¡de dónde salió!
¡Qué fuente embrujada
vomita el rumor!
¡La voz de la calle!
La calle, Señor,
si no tiene cara,
¿por qué tiene voz?

Bebe Gabriel ansiosamente en la jarra que le ha sacado el tabernero. Y es sorprendido por Visita, que también se extraña –como ya hizo Lozano– de que no haya vuelto por el alfar. Tecla interviene con su malicia acostumbrada, pero son las doce –la hora tradicional

del «minué de los villanos»— y vuelve a congregarse en la plaza todo el pueblo. A los sonos del tamboril y la dulzaina bailan el minué seis parejas: Visita con Lozano, Lucía con Gabriel y Santa y otras mujeres con Roque, Sabas, Antero y Cenón. La danza se desenvuelve normalmente. Al final los bailarines forman una rueda y van cruzándose hombres y mujeres, abrazándose en el cruce, sucesivamente; pero cuando les corresponde hacerlo a Visita y Gabriel, éste se aparta, diciendo que no la abraza porque no quiere dar lugar a nuevas hablillas de los murmuradores y a que los cariños puros se interpreten como malos amores. Lozano comprende lo que pasa y desafía al pueblo a que acuse; pero nadie se atreve a decir nada. Y como la inocencia resplandece en los acusado y él tiene en ellos plena confianza, ordena a Visita y Gabriel que se abracen ante el pueblo. Se abrazan ambos, en efecto, con la natural vergüenza, y es ahora cuando, por primera vez, cruza una sombra de desconfianza por la mente de Lozano. Pero nadie ha advertido nada, y el baile se reanuda brillante y animadamente.

ACTO TERCERO

Al día siguiente. Otra vez el patio del alfar de Lozano, viéndose la carretera al fondo. Pedro no oculta su preocupación; y hasta un zagal que pasa con sus ovejas parece que le ha adivinado el dolor que refleja su rostro.

LOZANO Se me conoce en la cara...
 ¡Esta mía sí que es pena!
 Pena del alma,
 que se recrea
 como un cautivo
 con su cadena.
 ¡Qué pena pena la de dudar,
 yo tan seguro de mi verdad!
 Entre la cuna y la rueda
 mis pensamientos están:
 una me pide el cariño,
 otra me grita el afán.
 Pero mis labios no saben
 cómo besar y arrullar
 y se han dormido en mis brazos
 las ganas de trabajar...
 ¡De trabajar!
 Se me conoce en la cara...
 ¡Esta mía sí que es pena!
 Pena del alma,
 que se recrea
 como un cautivo
 con su cadena.

¡Qué pena pena la de dudar,
yo tan seguro de mi verdad!

Llegan primero Tecla y otras mujeres, y luego Mohíno y los regidores, con intención de deshacer el daño promovido el día anterior. Están todos convencidos de la inocencia de Visita y de la honradez de los cónyuges... y sólo desean que vuelva la felicidad al matrimonio. Sin embargo, cuando Lozano y su mujer vuelven a quedarse solos no parecen los mismos. Ella advierte que su marido no la mira como antes, y él lo reconoce así y confiesa que se muere de pena sin poder remediarlo.

VISITA ¿Qué motivos tienes tú
pa mirarme sin mirarme?
No me mires al soslayo,
que de frente es como vale.
Sabes, Pedro,
desde el día
que me diste la palabra,
cómo quiero
que me mires,
que me mires a la cara.
Mira, mira mis ojos leales;
mira, mira mis labios, que están
aguardando
que los beses
como tú sabes besar.

LOZANO Como quisiera mirarte
ya no te puedo mirar,
porque te miro y te veo
lleno de angustia mortal.
¡Qué más quisieran mis ojos
que no mirar lo que ellos ven!
¡Ay, que me muero de pena,
y tú sabes ya por qué!

VISITA Si me miras, no me mires
despechado.
Mira, mira con cara de gozo.

LOZANO Miro, miro con pena y pesar.

VISITA Como miras
sin mirarme...
¡tú no me debes mirar!

Y en esa disposición de ánimo hacen mutis, cada uno a un sitio distinto de la casa. Hay una escena cómica de Carrasclás y Sabino el mudo que, por estar borrachos, andan separados del Concejo y temen el castigo del alcalde, a quien, sin embargo, van buscando. Cuando ambos salen se cruzan en la carretera con Gabriel, que llega pensativo. Visita, que ha vuelto, se sorprende al verle —«¿Qué buscas aquí?»— le pregunta. Y el mozo, entonces, se sincera con ella.

GABRIEL Usté sabe, maestra,
 que nunca, nunca,
 la miraron mis ojos
 con luces turbias.

VISITA Y tú sabes de sobra
 que otras miradas
 no alenté con la mía,
 ni con palabras.

GABRIEL Yo la quise, maestra,
 como a una madre.

VISITA Yo jamás de otro modo
 pude mirarte.

GABRIEL Pero tanto dijeron...
 ¡malditos sean!
 que en el alma me entraron
 otras ideas.

VISITA ¡Calla, por caridad!
 ¡Cumple con tu deber!

GABRIEL Se convirtió en verdad
 lo que no debe ser.

VISITA ¡Ay, quién te envenenó!
 ¡Qué es lo que pasa en ti?

GABRIEL Tanto pensé en el no,
 que tropecé con el sí.

Llega Lozano y Gabriel le dice que ha venido a despedirse definitivamente. El pueblo, si él vuelve por el alfar, puede tener razón para sus murmuraciones. Por eso es mejor que se vaya de Puente del Arzobispo por el mismo camino que un día le trajo desde su pueblo castellano. Se despide, pues —ahora para siempre— de su maestro y de Visita, y se va por la carretera, mientras que ella vuelve a sus cantos de nana al lado de la cuna de su hija, y él torna a su trabajo en la rueda de alfarero. Un grupo de hombres y mujeres pasa por la carretera. Ahora murmuran arrepentidos:

CORO Se dijo que la maestra...
 Se dijo que el oficial...

Se dijo lo que se dijo
y acaso no fue verdad.
Se dijo, quedo, quedito,
se dijo a medio decir.
Yo dije lo que se dijo.
¡No me echen la culpa a mí!

Pedro Lozano se arrodilla junto a la cuna y toma amorosamente las manos de su mujer.
Dentro, suena la voz de Gabriel, alejándose.

GABRIEL ¡Pastores de la cañada
se van a mis altas sierras!
Con ellos me voy, maestro,
en pos de mi madre vieja.

